R14

Revista
de
Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos subscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES
Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad

Isidoro Martínez
Por el Centro de Estudiantes

J--é S. Mari
Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCION
Carlos E. Daverio

REDACTORES
Dr. Emilio B. Bottini
Dr. Julio N. Bustamante
Por la Facultad

Rodolfo Rodríguez Etcheto
Por el Centro de Estudiantes

José M. Vaccaro
Por el Centro de Estudiantes

Año XVIII **Diciembre, 1930** **Serie II, Nº 113**

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

1220

1221

de Augusto Bunge

La evolución socialista de post-guerra

Antes de la guerra, el movimiento socialista procedía bajo la influencia casi exclusiva de Carlos Marx. La lucha de clases, que no es un invento de ideólogos, sino un hecho impuesto por las condiciones históricas, fué orientada, gracias especialmente a Carlos Marx, en el sentido que imponía la necesidad de las primeras décadas del movimiento socialista. Llegó así a organizarse el proletariado para la lucha política con fuerzas crecientes.

REVISIÓN DE LA DOCTRINA MARXISTA

Pero las teorías de Marx son de carácter exclusivamente crítico, porque no podían serlo de otro modo, dada la época en que las construyó. No tuvo continuadores capaces de darles un contenido constructivo, de acuerdo con los cambios en la evolución económica, política y espiritual del mundo.

Y quienes iniciaron, con Bernstein, la revisión, se detuvieron en el análisis teórico, sin avanzar en las consecuencias prácticas.

Debido a esto, la guerra, aunque tantas veces prevista y anunciada, tomó por sorpresa al socialismo europeo, y éste se encontró frente a las revoluciones y los trastornos consecutivos, con problemas concretos y urgentes, pero con los brazos atados por una teoría crítica a la que los nuevos hechos no se ajustaban, y sin un plan constructivo definido.

El socialismo europeo dejó pasar así su gran oportunidad: de 1918 a 1920. Tuvo el poder en sus manos en gran parte de Europa y no supo qué hacer con él.

Más grave todavía es que se negó a afrontar la responsabilidad íntegra del poder. En Alemania, por ejemplo, Kautsky, interpretando a la mayoría de los teóricos, llegó a decir que el socialismo se negaba a hacerse cargo de la liquidación

del capitalismo en bancarrota, y que esa tarea deberían afrontarla las propias clases capitalistas. Tal actitud implicaba negar, a fuerza de marxismo, lo que tiene de más esencial la teoría histórica marxista en sus aplicaciones prácticas. Porque equivalía al absurdo de pretender que la transición del régimen capitalista al socialismo se hiciera en una época de prosperidad, que es precisamente cuando toda revolución es imposible, porque nadie puede en tales momentos creer, ni es capaz de afrontar y causar los peligros de una transición brusca (tal como la prevé el marxismo) cuando ella no es impuesta por una dura necesidad manifiesta.

Pero los alemanes han rectificado en la medida posible las consecuencias de su grave error inicial, adoptando francamente la política de colaboración con los partidos intermedios y los republicanos, para abordar empíricamente la realidad. Ello les ha permitido, por lo menos prevenir graves daños y atenuar las más brutales imposiciones de Versalles, y conservar la fuerza de sus cuadros y masas.

En Italia, en cambio, durante la misma crisis, los socialistas llamados por el rey a hacerse cargo del ministerio, se negaron a afrontar la responsabilidad, así como a participar en un gobierno de coalición. Creyeron posible seguir en las nubes en medio del caos creciente, teorizando en el parlamento y haciendo propaganda entre el pueblo hasta que pasara la crisis y encontraran un camino sembrado de rosas.

Los resultados están a la vista: en Italia el fascismo; en Alemania, un gobierno conservador impuesto por la indecisión de la política económica de los socialistas, y al que éstos no tienen más remedio que apoyar, para impedir que los fascistas en pleno auge destruyan el organismo estatal creado bajo su dirección hace sólo diez años.

En Francia, por razones análogas, el socialismo ha ido contra su voluntad, a la rastra del nacionalismo que oculta sus planes imperialistas con el rótulo de "seguridades".

Era inevitable manteniéndose estancado en las teorías formuladas por Marx sobre la base de la experiencia de medio siglo atrás, sin continuarlas en la acción, como él mismo lo hubiera hecho en caso de seguir viviendo.

La llamada doctrina marxista se apoya en los siguientes puntos esenciales:

1º El llamado "materialismo histórico", que atribuye todos los cambios en la superestructura política e ideológica a los cambios en la subestructura técnico-económica;

2º La lucha de clases, imposición de la historia allí don-

de una clase es dueña del poder político por serlo del económico, en detrimento de otra o más clases;

3º La teoría del mayor valor (o supervalía), producido por el trabajo, que es confiscado como "provecho" por la clase dueña del capital;

4º La concentración progresiva del capital en un número cada vez menor de propietarios, como resultado de la acumulación creciente del mayor valor en las explotaciones técnicamente mejor dotadas;

5º El aumento creciente de la miseria entre la clase obrera, como consecuencia de la creciente explotación que hace posible el mayor poder de las empresas concentradas;

6º La revolución social como consecuencia de la agudización creciente de ese contraste entre masas proletarias cada día más numerosas y oprimidas, cuya situación crea en ellas una conciencia política clara y el fervor revolucionario, frente a una minoría cada vez más reducida de potentados.

La teoría es, en sí misma, de una lógica férrea. Consecuencia inevitable de una evolución semejante y del hecho de que el factor determinante de la historia es exclusivamente la evolución técnico-económica, es la insurrección de los expropiados y la "expropiación de los expropiadores".

Los hechos han demostrado que la evolución no se produce en esa forma, a pesar de ser exacta la genial previsión de Marx en cuanto a la concentración creciente de las explotaciones industriales.

Es ahora también evidente, como ya lo hizo notar Bernstein hace más de treinta años, que subsisten y continúan desarrollándose numerosas formas arcaicas de explotación, y que otras consiguen adaptarse al progreso técnico-económico sin ser absorbidas por las grandes.

Hoy, como en tiempos de Marx, subsisten a causa de ello numerosas formas sociales y clases intermedias. Sólo con el más grosero desconocimiento de la realidad puede hablarse simplemente de "burguesía" y proletariado. El término "burguesía" engloba clases diferentes y de intereses contradictorios en muchos casos, desde la aristocracia terrateniente, todavía de mentalidad feudal, hasta las clases campesinas propietaria y arrendataria, desde el gran industrial o banquero hasta el pequeño empresario que sucede al artesano medioeval. Las clases intermedias no pueden ser llamadas "proletarias", pero sus problemas e intereses no son opuestos a los de los asalariados propiamente dichos. Pero suele serlo su mentalidad.

En cuanto a la teoría básica del "materialismo histórico", ella ha desdeñado con exceso el factor psicológico, de individuos y masas. Subsistirá solo como un admirable método crítico de la historia, como el método de su interpretación económica, de acuerdo con la definición de Seligman.

Las lagunas más importantes del marxismo no son imputables a su autor, que no podía ser profeta, pues se ha tratado de hechos nuevos, de un aspecto de la vida económica que Marx consideró sólo de paso, por haber investigado casi exclusivamente la evolución industrial.

Este aspecto es el agrario. En cuanto a los hechos nuevos, son ellos el movimiento gremial y el cooperativo.

Además, los marxistas, a pesar de declarar que su objetivo histórico era la socialización, no se preocuparon jamás de darle forma, y, lo que es peor, encararon con desdén — como utópicas — las teorías y las tentativas experimentales concretas.

El movimiento gremial ha conseguido, manifiestamente, mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las masas proletarias. El movimiento cooperativo — al principio encarado con desconfianza y hasta con desprecio por los marxistas más ortodoxos —, no sólo es ahora en los países cultos un factor de inmensa importancia, sino que ofrece tipos de organización para determinadas formas de socialización.

La exposición de principios que se ha dado el Partido Socialista Independiente, traza un cuadro sintético y preciso de la evolución económica y social, tal como se ha producido, y pone de relieve el valor fundamental de las fuerzas espirituales, de la impulsión idealista, en la lucha por la democracia integral.

No entraré por eso en mayores detalles.

Esa exposición de principios y, sobre todo el programa de acción, encaran resueltamente y a fondo los grandes problemas que han sido el escollo del socialismo europeo durante las revoluciones de post-guerra: el control social de la producción y, sobre todo, el problema agrario.

EL ESCOLLO AGRARIO DEL SOCIALISMO MARXISTA

El marxismo ha encarado la economía de la producción rural con el mismo criterio que la de la producción industrial. También en el campo el régimen capitalista iba a tener como resultado fatal la concentración progresiva en un número cada vez menor de vastísimas explotaciones, en manos cada una de

un solo propietario, y la transformación de la clase pequeña campesina en proletariado rural, lo mismo que en las ciudades la de los pequeños empresarios en obreros asalariados.

Se fundaba para ello el marxismo, no en un prurito generalizador de la teoría antes enunciada, sino en la comprobación de dos hechos:

1º Que la producción de cereales es más económica y de mayor rendimiento en las grandes explotaciones que en las pequeñas granjas campesinas, gracias al empleo de medios mecánicos, y en parte debido a la enorme ignorancia y las rutinas de los pequeños campesinos.

2º En que la producción extensiva americana al inundar el mercado de Europa con cereales baratos, arruinaría a la clase campesina, incapaz de producir a menor precio, pudiendo resistir la competencia únicamente las grandes explotaciones.

Es un hecho indudable que, en términos generales, la gran explotación agraria es más productiva y menos costosa que la pequeña propiedad campesina.

Es también un hecho que, por este factor, y por la situación privilegiada que en materia de crédito y en otros respectos tiene la clase gran propietaria del suelo, existe una tendencia manifiesta de ésta a absorber la pequeña propiedad campesina.

He tenido ocasión de estudiar este proceso entre nosotros, en cuanto al cultivo de la caña de azúcar. En reuniones de cañeros que promoví en diferentes puntos de Tucumán, como miembro de una comisión parlamentaria investigadora, hubo acuerdo general en que la producción de caña de azúcar, en las grandes explotaciones de los ingenios, era de un costo un 20 por ciento inferior a la de los pequeños cañeros. En cuanto al rendimiento no obtuve datos claros. Y ya el doctor Justo hizo notar que los pequeños cañeros habían sido expropiados por los grandes terratenientes dueños de las grandes fábricas de azúcar a favor de la extorsión que les permitía el privilegio que en materia de crédito les acordaba el Banco de la Nación.

Además, hay ciertas formas de explotación del suelo que sólo son posibles en grandes extensiones, como la explotación forestal.

Pero no cabe establecer esto como una ley general y menos fatal. Hay numerosas formas de cultivo intensivo que en pequeñas explotaciones es como dan mejor resultado: de legumbres, de frutales, etc.

Además, Carlos Marx no podía prever, y sus sucesores

no fueron capaces de comprender que la organización cooperativa permitiría poner a los directores de pequeñas explotaciones en condiciones de utilizar los métodos mecánicos de cultivo, los de cultura científica y aprovechar los resultados de la genética, o selección de especies y variedades adecuadas a cada suelo y clima.

Pero el materialismo histórico hizo perder de vista el factor de primordial importancia, y éste es el factor psicológico. Los productores del campo prefieren, con tal de conservar su independencia como tales, someterse a un trabajo mucho más intenso, y están dispuestos a contentarse con menores entradas porque tienen en la posesión de su pedazo de tierra una garantía para su vejez.

Y por eso no era aplicable lisa y llanamente en el campo la vaguedad de la socialización, a la que el marxismo nunca supo dar forma tampoco en materia de producción industrial y de organización del intercambio.

Ahora bien: el hecho social más profundo de la postguerra fué la reclamación de la clase campesina de un pedazo de tierra para cada productor desposeído de ella.

En Rusia los campesinos despojados por los señores se precipitaron sobre la tierra repartiéndosela de cualquier modo, y las pretensiones del gobierno de Kerensky de detener ese movimiento instintivo para codificar lentamente alguna teoría fueron el factor principal de su caída. Los bolcheviques a su vez fracasaron en su tentativa de socialización de la tierra, especialmente cuando pretendieron organizar explotaciones comunistas.

Combatieron la cooperación por el prejuicio de ser pequeño burgués, y ella es lo único que hubiera hecho posible una reforma fundamental. Cuando se resolvieron a apoyarla, era demasiado tarde para que pudiera dar de sí todos sus frutos.

Los campesinos pobres se encontraron cada cual con su pedazo de tierra, pero sin el capital de inventario para hacerlo producir, por lo que no tardaron en ceder su tierra a los campesinos ricos (*kulakis*), para trabajar por cuenta de ellos como arrendatarios o como asalariados.

En todo el resto de Europa se dictaron leyes de expropiación de los grandes fundos, teniendo en cuenta en ciertos casos la importancia de la cooperación y la necesidad del crédito agrario. En muchas de esas leyes, el precio de expropiación era muy inferior al de la tierra, teniendo en cuenta que el monopolio de ésta la había sobrevalorizado. Pero la preocupación de entregar esa tierra en propiedad individual a cada

campesino adquirente, obligó a éstos a enterrar en el pago del precio de adquisición los recursos que hubieran necesitado para su capital de inventario. Han quedado así los campesinos una vez pasada la inflación de precios de la postguerra, atados a su tierra poco menos que como siervos de la gleba, sin disponer de medios suficientes para hacerla producir.

Por otra parte esta repartición de tierras entre los campesinos fué hecha ilusoria o de alcance muy reducido en los países de Europa oriental, por esa misma pobreza de los campesinos sin tierra, que les obligó a ceder a los agricultores capitalistas la parte de suelo que les había sido otorgada.

El primer resultado paradojal del aumento de número de la clase propietaria campesina fué en la mayoría de los países europeos una disminución del volumen de la producción. Ella se explica si se tiene presente que se ha verificado que, por lo menos en cuanto a productividad del cultivo de cereales, ésta es por lo menos un 20 por ciento mayor en las explotaciones grandes y medianas que en las pequeñas.

La clase campesina no ha conseguido pues un beneficio real con el derecho que se le acordara a comprar el suelo fraccionado, ni siquiera cuando el precio de éste era reducido. Sólo en Rusia ha conquistado un beneficio, y únicamente relativo, porque los principales usufructuarios no han sido los campesinos pobres sino los agricultores capitalistas.

Otra cosa habría sido si el socialismo hubiera tenido una noción clara del problema agrario.

No la ha tenido por haber considerado siempre con cierto desprecio las investigaciones de Henry George. A causa de ello ha estado dividido entre los que filosofaban sobre la socialización de la tierra sin poder darle forma concreta, y los que se atenían a la situación de hecho de la existencia de una numerosa clase campesina que, por poseer la tierra y su capital de inventario únicamente como instrumento de trabajo, debe considerarse como formando parte de la clase obrera, por no ser explotadores del trabajo ajeno.

El concepto georgista de que la cuestión capital del suelo no es su propiedad sino su renta, y que por ser ésta un valor social pertenece a la comunidad que la produce, y que su apropiación colectiva tiene la ventaja de que abre el acceso libre al suelo a todo el que desea hacerlo producir, sin necesidad de comenzar por enterrar en él el pequeño capital de que disponga, ese concepto hubiera permitido abordar a fondo en los años revolucionarios 1918|1920 la reforma agraria en Europa.

Por no haberlo tenido presente, esta reforma se ha hecho en Europa al margen del socialismo y, en ciertos puntos, en contra de él, y ha dejado en el fondo las cosas lo mismo que antes de la guerra, con el agravante del reforzamiento de una clase rutinaria en materia económica y, en consecuencia, reaccionaria en materia política.

Si no estoy en error, son los socialistas italianos quienes más han debido sufrir las consecuencias de esa miopía en materia agraria. Se enajenaron a los pequeños campesinos hablando de socialización de la tierra en términos absolutos, y no dando forma orgánica a su movimiento de reivindicación de los latifundios, cuando la fuerza de éstos hubiera sido la única, en ese país, capaz de ponerlo en condiciones de sobreponerse a la crisis de post-guerra.

En su libro más interesante y fundamental "Progreso y Miseria", Henry George hizo una penetrante crítica de la tentativa del gobierno británico allá por 1875 de calmar la agitación de los campesinos irlandeses, expropiando los latifundios de los señores británicos con indemnización sólo parcial para revenderlos en propiedad a los campesinos. Henry George hacía notar en este libro que era una tentativa ingenua de hacer andar al revés la rueda de la historia, por lo cual no podía tardar mucho en reproducirse la situación que esa medida trataba de remediar, con ella, la agitación y la rebeldía de Irlanda. Los hechos le han dado la razón. Pero todavía los socialistas europeos se dignan tomar en cuenta a Henry George sólo como "polemista". A la falta de comprensión del problema agrario por parte de los socialistas europeos debe pues atribuirse principalmente el movimiento de reacción en Europa.

LA OPINIÓN DE UN SOCIALISTA BELGA

Como resumen de lo expuesto sobre los hechos y errores que indican la necesidad indispensable de una revisión de la teoría y, en ciertos respectos, de la acción socialista, voy a leer algunas palabras del senador socialista belga, Arthur Wauters, qeu figuran en su libro *La Reforme Agraire en Europe* (págs. 236 a 238):

"Proclamar la caducidad del marxismo nos parece por lo menos prematuro. Cuando apareció, el marxismo era una doctrina de audacia; ha colocado el fenómeno de la lucha de clases bajo una fuerte luz y dado un ímpetu incomparable a la actividad reivindicadora de los trabajadores. Pero a medi-

da que esas reivindicaciones triunfaron, que la sociedad capitalista transaba con el "cuarto estado", su evolución se apartaba considerablemente de las vías que Marx le había trazado.

"Por su sistematización a ultranza, el marxismo, en otro tiempo doctrina eminentemente fecunda para la lucha cotidiana, favorecía la pereza cerebral de los jefes del proletariado, adormecía su espíritu de investigación. Es así que el marxismo terminó con esta contradicción: en el momento en que había llevado al extremo la potencia efectiva de la clase obrera, en el momento en que todos los obstáculos parecían franqueados, en que la hora de las realizaciones había llegado, el ímpetu de los triunfadores se detuvo, porque los doctrinarios del pensamiento proletario se habían dejado sorprender por los acontecimientos, que no se desarrollaban según las cómodas fórmulas enseñadas por el marxismo.

"La orientación inesperada del régimen capitalista — sobre todo en agricultura — requería fórmulas nuevas que sustituyesen a las que se habían hecho caducas: los marxistas, enceguecidos por la imperiosa enseñanza del maestro, no las tenían preparadas. Es así que el socialismo dejó pasar su momento histórico (1918-1921).

"A un breve período revolucionario que autorizaba las esperanzas más audaces, ha sucedido una era de reformismo sin brillo; la N. E. P. ha triunfado en Rusia; el fascismo ha castigado la falta de preparación de los socialistas húngaros y peninsulares (Italia y España) y la división ha debilitado el poder de los más organizados.

"Ignoro si la historia reserva una reparación por este fracaso. Pero en la actualidad, el socialismo desconcertado, debe recogerse sobre sí mismo, recomenzar la obra genial de Marx inspirándose en los errores del pasado: sin sucumbir bajo el peso de su falta debe, antes de corregir las imperfecciones de la doctrina, hacer el inventario del régimen capitalista transformado — transformado de otra manera que como se había previsto. Es quizá en el dominio agrario que los desmentidos a las teorías primitivas han sido más crueles...

"Se ha hablado de liquidación del marxismo. Es enterrar un poco pronto una doctrina que ha recibido tantas confirmaciones brillantes, cuyo esplendor es aún tan vivo y que, a pesar de todo, sigue siendo *un notable instrumento de investigación*. Esto basta para darle en la historia de las doctrinas económicas un sitio harto glorioso."

EL SOCIALISMO EN LA ARGENTINA

a) *La cuestión de la tierra.—*

En cuanto a los conceptos fundamentales sobre la cuestión de la tierra, los socialistas argentinos estamos libres del error hecho notar en la segunda parte de mi exposición. El mérito más positivo de la obra del doctor Juan B. Justo — que nunca encerró su pensamiento dentro de los límites del marxismo, a pesar de ser el mejor traductor del primer tomo de "El Capitall" — es en mi entender la asimilación que ha intentado de la teoría georgista a nuestro problema de la tierra, aunque desvirtuándola en ciertos respectos con su prédica en favor del impuesto progresivo y de la pequeña propiedad.

El campesino no necesita la propiedad formal del suelo, sino la plena garantía de su libre usufructo durante todo el tiempo que quiera trabajarlo, y con ello, la plena garantía y la propiedad de los valores que incorpore al suelo que trabaja. Le conviene mucho más al trabajador del suelo pagar un derecho anual por su usufructo, que enterrar su escaso capital con el precio que debe pagar por su escritura de propiedad. Pues esto lo hace dueño sólo en parte del suelo, por la necesidad de hipotecarlo, y se convierte en deudor, y en forzado tributario del "ramero" a quien debe comprar los implementos de trabajo.

Lo mismo puede argumentarse del capitalista urbano, prescindiendo del interés especulativo sobre la valorización del suelo.

Abordar a fondo el problema de la tierra, tanto agrario como urbano, consiste por consiguiente en reivindicar *la nacionalización del suelo*, sobre la base de la apropiación colectiva de la mayor parte posible de su renta, para entregarlo en usufructo por tiempo indeterminado a todo el que quiera hacerlo producir, organizando al mismo tiempo el crédito agrícola, el transporte y el almacenamiento de los productos con la más amplia participación cooperativa que sea posible. Al mismo tiempo, es indispensable establecer el control social del uso del suelo, tanto en las ciudades como en el campo, por razones de higiene, tanto como por razones de estética y de economía.

En un país de vastas extensiones escasamente pobladas como el nuestro, con ciudades en rápido desarrollo, el problema del suelo es el eje de toda política social consciente.

b) *Complejidad e intercambio de las clases sociales.*—

Tanto más, que la estructura social de un país en estas condiciones es de las que más se alejan del esquema marxista de la división en dos clases opuestas: burguesía y proletariado.

En la Argentina, luchan entre ellas clases sociales, algunas de las cuales proceden del feudalismo colonial; el término "burguesía" pretende englobar cosas tan heterogéneas como la clase terrateniente, que se ha ido apropiando del suelo valida de su poder político, y la numerosísima clase de pequeños agricultores y de pequeños empresarios del comercio y de la industria, de la que si bien salen cada día un cierto número de poderosos dirigentes de grandes masas de capital, se incorporan también a ella cada día nuevas falanges en sus escalones más bajos.

Tenemos también en la Argentina varios proletariados: desde el pastor de las estancias incultas, hasta el obrero de alta capacidad técnica.

Contribuye a hacer complejo el cuadro social argentino, y confuso para el que no quiera analizarlo sin prejuicios, la existencia de una numerosa población inmigrada que, por desgracia, no participa en su vida política.

Además, las clases sociales argentinas no están estabilizadas, sino en su menor parte, por tratarse de un país en pleno desarrollo. El fenómeno de interpenetración que Nitti llamara "capilaridad social", es entre nosotros mucho más que eso.

Hay un continuo y activo proceso de ascenso de las clases inferiores a las superiores, que se manifiesta sobre todo en la población inmigrada. Al punto que las únicas relativamente estables podrían considerarse las de los dos extremos: la clase terrateniente y los pastores.

Algunas cifras censales permiten percibir, aunque sólo sea conjeturalmente, cuán activo es el ascenso de los inmigrados como proletarios a las clases dirigentes y propietarias.

El censo de 1895 registró 650.000 inmigrados varones, de los cuales los sobrevivientes en el año del censo de 1914 no pueden pasar de 580.000. En este año fueron registrados en números redondos 100 mil establecimientos del comercio y de la industria cuyos propietarios eran extranjeros. Como el director del censo no fué capaz de comprender que muchas de estas empresas tienen varios dueños, no disponemos de la cifra de su número, pero ella debe ser por lo menos un 50 %

mayor. El censo de la agricultura registró a su vez 120.000 directores inmigrados de explotaciones agropecuarias. Si a estas cifras agregamos los gerentes y directores de empresas financieras y de grandes explotaciones que son de origen extranjero, y que también en su gran mayoría llegaron al país como modestos empleados y como obreros, no es exagerado calcular que el total de inmigrados que en 1914 trabajaba en alguna forma como dirigentes o como productores libres se acercaba a 300.0006

Referida esta cifra a la de inmigrados censados en 1895, porque sin duda en su gran mayoría los empresarios y dirigentes de 1914 proceden de aquel grupo, porque su carrera no ha sido casi nunca a saltos, tenemos como resultado una probabilidad aparente de que, de cada dos proletarios inmigrados antes del año 1900, uno ha terminado su carrera como empresario libre o como dirigente.

Pero como hay en esta hipótesis un fuerte elemento conjetural, es más prudente la proporción de uno por cada tres.

En el trabajo industrial y comercial las probabilidades son desde luego menores, y así lo indican las cifras censales correspondientes a la ciudad de Buenos Aires. Pero ellas serían en todo caso de uno sobre cuatro.

Este intenso movimiento ascendente de los trabajadores más capacitados, o más afortunados o de menos escrúpulos, caracteriza mejor que cualquier otro hecho el carácter en cierto modo todavía flotante de nuestras categorías y clases sociales.

No es, por lo tanto, posible encarar aquí el socialismo como una doctrina de clase proletaria, sino en su concepto más alto, como una teoría de acción histórica basada tanto en la cooperación de ciertas clases como en la lucha de otras, y tendiente al mejoramiento social por todos los medios circunstanciales que concurran a su finalidad política y económica.

c) *El nativo y el inmigrado en la política argentina.—*

Es verdad que este fenómeno de la intercomunicación de las categorías y clases sociales es mucho menor entre la población nativa, y que en ella hay contrastes sociales acaso más acentuados que en las viejas ciudades europeas.

Un análisis cuidadoso que he hecho de la composición social de la población argentina nativa e inmigrada sobre la base del censo de 1914, *luchando con enormes dificultades por lo mal llevado de este censo, pone en evidencia que la pobla-*

ción nativa predomina sólo en los dos extremos de la escala social: entre los propietarios del suelo y entre los jornaleros y peones sin oficio. En cambio, entre los empresarios de la industria y el comercio, entre los agricultores más calificados, entre los dirigentes financieros y técnicos y entre los obreros calificados de ambos sexos, los inmigrados representan en término medio los dos tercios del total. Esta desarmonía en la estructura social de la población argentina que vota, se expresa también en una inferioridad económica de la población nativa, que aun en la Capital se manifiesta en una mortalidad más elevada, en una matrimonialidad mucho menor y en una natalidad global tan baja que, si toda la población de Buenos Aires estuviera formada por nativos en las mismas condiciones que las verificadas, el incremento vegetativo habría sido sólo de dos por mil por año en vez de cerca del dos por ciento.

Esto es simplemente un modo de decir, porque allí donde la población nativa no está en contacto con fuertes núcleos inmigrados conserva su capacidad vegetativa y su mayoría en los oficios calificados.

La conclusión exacta de estas comprobaciones es que el inmigrado desaloja al nativo de las formas de ocupación mejor remuneradas, sea por su mayor tenacidad y laboriosidad, sea por sus mayores aptitudes de ahorro.

Pero en la realidad política argentina, si bien el inmigrado no vota por el error de no naturalizarse, influye, casi lo mismo que si votara, en los movimientos de opinión.

Desde que éstos se producen por cambios de ideas de persona a persona que crean el estado de espíritu colectivo que refleja y propaga, intensificándolo, a su vez, la prensa diaria. Y que, en el régimen capitalista, la influencia preponderante pertenece a los dirigentes económicos.

Por consiguiente, debemos mantener el concepto general de que no puede encerrarse el socialismo en la Argentina en el dogma marxista de dos clases sociales ineludiblmente opuestas, aunque en realidad tampoco es exacto en ningún país antiguo.

d) *El "socialismo" sin palabras.—*

Por no haber sido prisionero de teorías demasiado esquemáticas y rígidas para poder ser expresión de la realidad social, vemos el caso interesante de que el país donde hay en realidad más socialismo en los momentos actuales es Australia, donde nunca la teoría socialista ha tenido cultores de im-

portancia. El movimiento laborista australiano, ateniéndose a la solución empírica de los problemas de actualidad ha hecho, como lo expresara un estudioso francés (Albert Métin), *"socialismo sin palabras". Y por no estar trabado por teorías, no ha vacilado en rectificar sus errores ocasionales. Después de haber auspiciado la subdivisión de la tierra en* PROPIEDAD *conseguida mediante el impuesto progresivo, lucha ya desde hace varios años por la nacionalización de la tierra, para entregarla en* USUFRUCTO *a quienes paguen su renta.*

También el movimiento laborista británico, que ha dado siempre más importancia a los hechos que a las teorías, es el que ha conservado y desarrollado mejor sus fuerzas en Europa occidental.

e) *El gobierno de los hombres y la administración de las cosas.—*

Atenidos al conjunto de estas enseñanzas, consideramos al socialismo como *el movimiento del conjunto de los que viven exclusiva o principalmente de su trabajo diario, sea cual fuere su categoría social. Este movimiento tiene por objeto "la organización integral del progreso", que sólo puede llevarse a cabo por medio de la extensión progresiva del control social organizado.*

En este proceso debemos diferenciar, como ya lo dijo Engels, "el gobierno de los hombres" y la "administración de las cosas".

"El gobierno de los hombres" sólo puede ser eficaz, en la relativa medida humana, por la democracia progresivamente ampliada y perfeccionada. O sea, por medio de representantes genuinos del sufragio libre y auténtico de ambos sexos, considerado cada elector como una unidad de valor igual, y representado sólo como ciudadano.

"La administración de las cosas", en cambio, no puede tener por órganos directivos el parlamento ni la burocracia sin convertir a ésta en un mandarinato peligroso y de escasa eficiencia.

La "administración de las cosas", a medida que se extiende sobre ellas el control social, debe basarse en la intervención de todos los grupos sociales que intervienen en su producción o participan en su consumo. Es en este punto donde corresponde hablar de "representación funcional".

Pera esta última cuestión es entre nosotros ajena a la actualidad política. La menciono únicamente para poner de re-

lieve el confusionismo de quienes pretenden destruir los fundamentos históricos de la democracia argentina suplantándola por un sistema fascista en el hecho, acudiendo para ello a la fraseología tomada de las teorías y de las organizaciones parciales dedicadas a la "administración de las cosas", confundiéndolas con la organización política, que es exclusivamente el "gobierno de los hombres".

Con este concepto, el socialismo en la Argentina, como el de todas las actuales democracias europeas más avanzadas, no puede negar las ventajas y hasta la necesidad ocasionl de la coalición de partidos, sin renegar de la democracia y de sí mismo.

El proletariado no es ni será por mucho tiempo mayoría en nuestro país, si es que llega a serlo alguna vez. La fuerza socialista es, pues, ya en sí misma, una coalición de clases y categorías sociales.

¿Cómo negar entonces la coalición con otras fuerzas políticas, en cuya composición entran también diferentes clases y categorías, para realizar una obra constructiva fecunda?

Mantenerse en una posición negativa, o de "espléndido aislamiento" puede ser circunstancialmente de provecho electoral, pero implica sacrificar los intereses permanentes y fundamentales del país y de su población laboriosa a pequeños intereses de grupo.